

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montoils y Garcia, Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 12 de Julio.

El Eco de Cartagena

RELIEVES DE UN CUADRO DE DESDICHAS.

EPISODIO MARITIMO

Los primeros albores del siglo XIX habian sido saludados, de la parte del Occidente de Europa, con el estruendo de una guerra maritima, parto funesto del todavia más funesto tratado de San Ildefonso; en la cual se hallaban envueltas tres naciones, igualmente grandes y poderosas.

La contienda era: de un lado la España y la Francia unidas fatalmente en accion cooperativa; del otro la Inglaterra. Aquellas fiaban el éxito de la victoria en sus imponentes escuadras; esta, más que en el número de sus buques, á la astucia; su propension de siempre, su política distintiva.

Corria el año 1804.

De la bahia de Algeciras dá la vela una escuadra franco-española compuesta de cinco navios y una fragata, españoles, al mando del Teniente general D. Juan Joaquin Moreno; y de cuatro navios, tres fragatas y un bergantín, franceses, bajo las órdenes de los Contra-almirantes Linois y Dumanoir. Este movimiento se operó al medio dia del 12 de Julio.

A poco, el Almirante inglés Saumarez que se hallaba en acecho á la sombra del Peñón, sale de Gibraltar con la suya, fuerte de cinco navios, varias fragatas y algunos buques menores, en demanda de la enemiga, siguiendo sus aguas hasta engolfarse con ella en el Estrecho. Los últimos rayos del sol permitió á una y á otra medir la distancia que les separaba, que seria de cuatro á seis millas. En esta situacion les cogió la noche, la cual bien pronto pasó tupido velo entre ingleses y aliados.

La vigilia de aquella noche debió estar acompañada de mortal zozobra, lo mismo para los unos que para los otros, atendida la proximidad en que se encontraban; y como es con-

siguiente, redoblóse la vigilancia y se aumentaron los cuidados; pero en la prevision de los españoles no cupo entrar lo que no era posible imaginar.

Sin embargo, el Almirante inglés concibe un atrevido proyecto y confia la ejecucion á uno de sus más veleros navios, *El Soberbio*.

Este apaga sus luces para no ser descubierto; se adelanta del resto de su escuadra, y metiéndose por el centro de la contraria, que navegaba en dos divisiones, pasa á situarse silenciosamente entre los navios españoles *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, ambos de tres puentes y 120 cañones cada uno.

La densidad de la noche contribuía admirablemente á los intentos de *El Soberbio*: nadie llegó á percibirse de su presencia.

Eran las once y media. De repente dispara sus baterias, y las balas de sus ochenta cañones van á clavar en los costados de aquellos dos hermosos buques, destinados por la fatalidad á sucumbir en horrendo simulacro, victimas de una atrevida estratagemata.

El Soberbio habia cumplido su mision, y alejose rápidamente.

El primero que hizo irradiar sus fuegos contra el invisible enemigo fué el *Real Carlos*; pero como el inglés habia ya desaparecido, sus balas fueron á hundirse en el costado del *San Hermenegildo*; este contesta con los suyos, que á su vez van á ofender al *Real Carlos*, y ambos buques se traban en horrible y singular combate que hacia más imponente las sombras de la noche.

Dos horas llevaban ya de destruirse mutuamente; las descargas se repetian cada vez más atronadoras, y nutridas, á medida que se estrechaban las distancias entre los contendientes. El comandante del *San Hermenegildo*, el valiente D. Manuel Emparan, más impaciente, sin duda, por llegar á un resultado definitivo, mete sobre babor con intento de terminar la accionalabordaje, al propio tiempo que su contrario, el no menos denodado D. José Esquerro, impulsado del mismo deseo, lo hace con su navio so-

bre estribor; llega el momento terrible: se acercan, se abordan, y, al abordarse, se reconocen!...

El fuego cesó en aquel instante; pero ¡ay! demasiado tarde.

Desde la primera descarga recibida de *El Soberbio* se habia declarado el incendio abordo del *Real Carlos*, sin que se haya podido averiguar si este siniestro fue casual, ó producido por alguna bala enrojecida; el *San Hermenegildo*, abordado con el *Real Carlos*, no le fué posible desasirse con la prontitud que hubiera sido de desear; el fuego se continuó á su bordo, y á poco, aquellos hermosos buques, no son otra cosa que dos antorchas en medio del caos, á cuyo siniestro resplandor, los que estaban en actitud espectral del desolado misterioso drama, pudieron contemplar en toda su imponente magestad aquel espantoso cuadro de desolacion.

Por do quiera no se oian más que gritos estentóreos, votos, imprecaciones, voces de mando, cuyos ecos iban á confundirse con los lamentos de las victimas de aquella horrosa hecatombe. Allí la confusion, el desorden, el terror retratado en todos los semblantes ante la perspectiva de un fin desastroso é inevitable; y ¡singular contraste! aquellos en quienes hervia aun el coraje del combate; los que con ánimo denodado y áttiva frente exponian no ha mucho su pecho al mortífero fuego de la metralla, desafiando á la muerte, solo pensaban ya en su salvacion; y amedrentados por el terror, velasoles luchar en vano con el voraz elemento que amenazaba envolverles.

Bien pronto las flamas penetraron en los depósitos de la pólvora; y ambas embarcaciones se vuelan casi á un mismo tiempo, produciendo dos espantosas detonaciones.

Las aguas dejaron paso para recibir en su seno los restos de aquellos dos baluartes del castellano heroismo; y su ensangrentada superficie cubrió la tumba de los valientes marinos: tumba tan inmensa como su sacrificio.

La aurora del naciente dia irra-

dió sus sonrosados matices sobre las ondas aun enrojecidas por la sangre de las victimas. Ella vio flotar sobre las aguas, entre los fragmentos de las destrozadas naves, multitud de cadáveres: unos carbonizados, otros horriblemente mutilados por la metralla.

De los mil ochocientos hombres que componian las dotaciones de ambos navios, solo pudieron salvarse unos cuarenta y nueve; y fueron, cuarenta del *Real Carlos* con el guardia marina D. Manuel Fernandez Flores; seis ó siete en el chinchero del propio navio, los cuales cogieron del agua al segundo comandante del *San Hermenegildo*, capitán de fragata D. Francisco Vizcarra, único de este buque que quedó para contar, y el patron de la falua del *Real Carlos* que, asido á un palo, fue llevado por las corrientes á las playas de Tangier.

¡Cuántas vidas preciosas, cuántas esperanzas de la patria, recibió el Océano en sus escondidas regiones! Cuanto luto; cuánta desolacion en las familias!

Hé aqui los nombres de los jefes y oficiales que perecieron en este doble siniestro.

Natio San Hermenegildo.

Comandante, Capitán de navio D. Manuel Emparan.

Segundo comandante.

Capitán de fragata, D. Diego de Pazos.

Tenientes de navio.

D. Pedro de la Cruz.

D. Ignacio Emparan.

Tenientes de fragata.

D. Santos Espalza.

D. Antonio Abad y Alfaro.

D. Juan Butrasi.

D. Francisco Tortontegui.

D. José del Canto Casula.

Alféreces de navio.

D. Antonio Pardo de Lama.

D. Antonio Ruiz de Cortazar.

D. Juan Antonio Salomon.

Alféreces de fragata.

D. Andrés de la Cruz.

D. José Bayo y Garcia.

D. Angel Tovar y Martinez.

D. José Cabrera y Diaz.

D. Pedro Barrandica.